

## CLAVES PARA ABORDAR LO URBANO EN EL CUENTO VENEZOLANO DEL SIGLO XXI

**Bernardo Navarro Villarreal**  
**Universidad Simón Bolívar**  
*bernardonavarro@usb.ve*

### RESUMEN

El presente trabajo se propone una revisión crítica de dos importantes antologías en el panorama editorial de la primera década del siglo XXI: *21 del XXI* (2007), coordinada por Rubí Guerra, y *Antología sin fin* (2009), a cargo de Juan Manuel Parada y Dannybal Reyes. A través de estos dos libros se analizan los principales aspectos que rodean la cuentística venezolana ligada al referente urbano, aclarando de entrada que se entiende este como un aspecto inscrito en medio de una producción variada y amplia en cuanto a los referentes. El análisis del discurso será la herramienta fundamental de estudio, aunque también se hace uso de la historiografía literaria para ubicar los textos en un escenario político, social y económico, los cuales terminando marcando algunos aspectos narrativos empleados por los autores.

**Palabras clave:** cuento venezolano, siglo XXI, urbano.

### ABSTRACT

The present work proposes a critical review of two important anthologies in the publishing scene of the first decade of the 21st century: *21 XXI* (2007), coordinated by Ruby Guerra and *Antología sin fin* (2009), in charge of Juan Manuel Parada and Dannybal Reyes. Through these two books are analyzed the main aspects that surround the Venezuelan story linked to the urban by clarifying from

the beginning that refers this to an aspect entered in the middle of a wide and varied production in terms of references. The analysis of the speech will be the essential study tool, although it also makes use of literary historiography to locate the texts in a political, social and economic scenario, which end marking some narrative aspects used by the authors.

**Key words:** Venezuelan story, 21st century, urban.

Lo más difícil al emprender un estudio sobre la relación del cuento y lo urbano reside en el hecho de que el cuento venezolano de la primera década del siglo XXI —es decir, el que nos interesa aquí— muestra una riqueza temática muy amplia. De manera que intentar restringirlo en una sola orientación puede resultar contraproducente, cuando no abiertamente erróneo. Claro está, en el entendido de que la intención fuera la de decir que los cuentistas contemporáneos prefieren mayoritariamente tal o cual referente. El carácter urbano de la cuentística sólo puede —y debe— entenderse, entonces, como una parte del escenario heteróclito del cuento venezolano actual, por usar la calificación de Antonio López Ortega.

Así mismo, esto sugiere que la producción de cuentos es igualmente rica: se escriben muchos cuentos y se publican buena cantidad de ellos. Esto no debe sorprender. Por más que sea innecesario mencionarlo, durante casi dos siglos, nuestro país ha dado una cantidad importante de cuentistas, particularmente buenos. Las últimas décadas lo único que han hecho es mantener esa tendencia, y aun incrementarla gracias a un innegable auge en la publicación de textos por parte del Estado y las editoriales privadas, en un clima que no deja de ser curiosamente —¿y dramáticamente?— competitivo.

Lo que debe importarnos de esta situación, en todo caso, es la influencia que ha tenido en la edición cuentística nacional. La cual, dicho sea de paso, parece haber sacado buen provecho. No sólo

porque las editoriales privadas han revelado una generación prolífica y prometedora de escritores, sino también porque la inversión estatal ha permitido que cientos de escritores noveles pudieran acceder a la publicación. Un dato revelador a propósito de esta última afirmación es el catálogo de la editorial El Perro y La Rana que abarca los años 2005-2008, y en el que se recogen 703 títulos, de todas las áreas, entre los cuales el género del cuento tiene una presencia de casi 70 autores.

Las editoriales privadas han hecho su parte, ya se dijo, y sellos como ReLectura, Mondadori, Alfaguara y Ediciones B han promocionado los que son quizás los autores de mayor proyección tanto dentro como fuera del país: Federico Vegas, Francisco Suniaga, Israel Centeno, Juan Carlos Méndez Guédez, Eloi Yagüe, entre muchos otros. Precisamente estas dos últimas editoriales han reunido en varias antologías los trabajos de un grupo de escritores referentes del período. *Las voces secretas*, compilada por Antonio López Ortega, y *De qué va el cuento*, a cargo de Carlos Sandoval, ambas de Alfaguara, son sin duda de lo más resaltante en cuanto al panorama de la cuentística nacional. Ediciones B, por su lado, publicó *21 del XXI*, coordinada por Rubí Guerra, otro importante escritor contemporáneo.

Ahora bien, las editoriales del estado se han orientado más hacia la publicación individual de autores que a las antologías. De esta manera —salvo el caso de Monte Ávila Editores y algunas editoriales institucionales que divulgan colecciones de cuentos ganadores de certámenes— no es fácil dar con recopilaciones de este tipo. Sin embargo, algunos casos excepcionales hay. Ejemplo de ello es la *Antología sin fin*, coordinada por Juan Manuel Parada y Dannybal Reyes, publicada por Escuela Literaria del Sur.

En todas estas colecciones es posible encontrar un muestrario bastante heterodoxo del que ya se hacía más mención más arriba. En las primeras de ellas —las de editoriales privadas— los autores son

nombres consagrados, los más, acompañados de nuevas promesas. En la segunda, se combinan unos y otros en una proporción que favorecen a los escritores inéditos. Por ello, en cuanto al tema de la ciudad como marco del novísimo cuento venezolano, lo mejor quizá sea contrastar aquellos ejemplos en los que autores consagrados y emergentes permitan cifrar rumbos, tentativas de acercamiento a la temática urbana. Y para ello son funcionales: *21 del XXI* y *Antología sin fin*.

### **21 del XXI, entre la violencia urbana y la soledad**

Para Karl Kohut, durante el siglo XX, hubo un periodo en el que hay un paso de una literatura telúrica a una literatura urbana, y ello trajo como consecuencia una nueva forma de tratar los temas políticos y sociales, desde una perspectiva más independiente y crítica. Ese cambio, que empezó con Guillermo Meneses, supuso además que la ciudad adquiriera una relevancia fundamental dentro de cierto imaginario creativo de nuestra literatura. No ya como un proyecto ideológico, sino más bien como un escenario ontológico del ser y sus circunstancias.

La ciudad significó durante varias décadas el ideal de progreso y desarrollo que la modernidad había prometido, como parte de su utopía económica. Pero, las contradicciones del sistema y el consecuente fracaso que estas entrañaron exigieron que se comprendieran la realidad urbana como el reflejo de ciertas encrucijadas sociales. Es decir, el hombre de la ciudad, que en muchos casos huyó de la miseria del campo, se encontró hacinado y en una miseria diferente, lo cual fue degenerando en conflictos de convivencia cada vez más dramáticos. La ciudad que pretendía ser una utopía se convirtió en su contrario.

De esta manera, el escritor que se planteó la ciudad como problema tuvo que hacerlo desde la angustia. Una angustia que fue derivando de generación en generación, siempre anclada a la

promesa fallida de una realidad mejor. El cuento urbano, ligado a la ciudad como constructo económico, social, cultural, es el resultado de esta angustia.

“Soledad y violencia son circunstancias del hombre urbano”, dice Rubí Guerra en el prólogo de su antología. Y sobre la base de esta afirmación hace mención aparte de cinco cuentos escritos por autores y autoras de cierto renombre: Krina Ver, Eloi Yagüe, Fedosy Santaella, entre ellos. Además, Nancy Noguera y Luis Alberto Aristimuño.

¿A qué tipo de violencia se refieren estos cuentos? ¿Qué clase de soledad? Se entiende que la violencia urbana suele estar asociada a la delincuencia. Pero, hay otros niveles de violencia, otras formas iguales ni sutiles ni agresivas, pero quizás menos claras. “Postales de Burundanga”, de Fedosy Santaella, va describiendo estas formas de violencia, en las que la ciudad sirve de marco a fechorías en forma de timos a personas indefensas. El lenguaje es efrástico —de allí el juego con la imagen—, probablemente con la intención de dar la idea más clara del argumento, una objetividad descarnada que no niega ni otorga nada.

“La inconveniencia de servir a dos patrones”, de Eloi Yagüe, trata de esa violencia que constituye en sí misma una institución. Por más que esté en clave de farsa, como apunta Guerra, subsiste un tono de denuncia poco disimulado cuando uno de los personajes que es policía tiene una doble faz. ¿Por qué? Porque la ciudad es también una transgresión de la lógica. Y como toda trasgresión es violenta. La vulnerabilidad del ciudadano corriente por parte de la institución que debe protegerlo es claramente una ruptura del pacto social que promete la realidad urbana. La exposición constante a la acción de sujetos al margen de la ley termina por convertirse en un fenómeno natural, la regla, con la que hay que lidiar porque nada se puede hacer. Y así el ser queda desamparado. Solo.

“Adopción”, de Nancy Noguera, es un retrato de esta soledad.

Hay en el cuento una necesidad no confesada de pertenencia, que se expresa en contraste por la ausencia de un núcleo familiar. Los personajes son parte de una realidad en la que la cercanía de los afectos se ha vulnerado profundamente, y de ello se desprende la necesidad de reconstrucción, que por cierto no puede alcanzarse, ya que esos mecanismos están atrofiados por la violencia circundante. La ciudad es un lugar hostil para querer y procrearse. Por lo menos, en las condiciones sanas adecuadas.

“Los milagros no ocurren en la cola”, de Krina Ver, es un cuento largo. Largo como una cola. En él hay una suerte de paneo de la ciudad, en el cual vienen a combinarse los elementos de los cuentos anteriores. Hay una violencia instituida en personajes malhechores que asedian al personaje principal, y al mismo tiempo está la ciudad que permite y propicia una pérdida del vínculo con la figura paterna. Es decir, la orfandad que quiere ser superada en una ciudad que te acecha. En este cuento además hay una mirada ajena, ya que el personaje es una extranjera que se muda a la ciudad desde Europa. Así que el extrañamiento y la vulnerabilidad son dobles.

Por último, toda esa violencia y soledad se expresa en niveles hiperbólicos en el texto “Darse vuelta la vida”, de Luis Alberto Aristimuño. En él, una viejita relata cómo lleva a cabo una serie de asesinatos. El mismo personaje que en el cuento de Fedosy Santaella aparece vulnerable e indefenso, en este cuento sintetiza los signos de una sociedad esquizoide, convulsa, depredadora. El personaje que sirve de testigo y relator nos trasmite los efectos adversos que tienen en su ánimo, y hasta su salud, la presencia y los relatos de aquella representación de un caos moral, ético y cultural.

Queda claro, pues, que en estos cuentos la relación con la ciudad es de desconfianza y padecimiento; los personajes, vulnerables y victimizados, son acechados por una fauna urbana violenta, despiadada, mientras buscan refugio en sí mismos. Ilustrativo resulta, en este sentido, que todos los cuentos se presenten

en primera persona, como si así se enfatizara el hecho de que en medio del bullicio de la ciudad, los personajes tienen necesidad de comunicarse, de contar su historia. Anónimos y silenciados por la gran maquinaria urbana, los “pequeños seres” se esfuerzan por el contacto con el otro, a través de la narración.

### ***Antología sin fin, la anécdota íntima***

Más arriba se insinuaba que los límites que se han establecido entre los dos bandos políticos y que han tenido repercusión en la edición literaria no siempre eran claros. *Antología sin fin* es una prueba de esto. Varios elementos dentro de esta colección resultan curiosos a la luz del contexto editorial que ya mencionábamos. Por un lado, la presencia de autores publicados desde las editoriales privadas, como el caso de Roberto Echeto y Fedosy Santaella, entre otros. Y por otro, la selección con características temáticas similares a las de aquellas antologías. Por supuesto que las diferencias existen y es esto precisamente lo que interesa de ella.

A diferencia de la selección de Rubí Guerra, la antología de Juan Manuel Parada y Dannybal Reyes busca presentar autores de generaciones recientes, dando espacio a representación de varias regiones del país. Caracas —y el Centro en general— sigue manteniendo su porcentaje alto de autores, pero la provincia recibe también atención.

Ya antes se mencionó que las antologías de Alfaguara y Ediciones B presenta muchos autores consagrados, entre quienes se cuentan al propio Antonio López Ortega, Gisela Kosac, José Balza, Eloi Yagüe, Alberto Barrera Tyska, Salvador Fleján, Juan Carlos Méndez Guedez, entre otros. Estos autores cuyas fechas de nacimiento oscilan entre los cincuenta y sesenta contrastan notablemente con los nombres de la *Antología sin fin*, nacidos entre 1970 y 1985, no pocos de ellos de esta segunda década. En ello puede radicar la diferencia fundamental entre ambos casos, en cuanto al

tema de la ciudad: la ciudad en esta antología no es un monstruo caótico y violento, sino un escenario familiar, cuyos bemoles son aceptados con cierto humor resignado. Esto, quizás, porque a las generaciones más jóvenes la ciudad los ha visto crecer, conocen sus caos y sus desastres, como un hecho cotidiano y aceptado; mientras que para generaciones anteriores, que vivieron “tiempos mejores”, la ciudad se les ha transformado dramáticamente en las últimas tres décadas. La ruptura de la vitrina, según la elocuente imagen de Luis Britto García.

Pero, esa relación más familiar con la ciudad caótica no deja por ello de tener repercusiones con respecto a la manera de percibirla. La constante en los cuentos de esta colección es un acercamiento a temas anecdóticos, en los cuales el escenario urbano casi desaparece. Lo urbano resulta entonces la introspección, o al menos, una escritura personal en la que la ficción se centra en un evento que podríamos llamar menor. Los temas recurrentes de la ciudad, como la violencia o la soledad que mencionábamos antes, siguen estando presentes, pero ahora sin el matiz dramático que prevalecía aun en aquellos casos que pretenden un efecto humorístico.

De los 31 cuentos seleccionados, diez son de autores caraqueños. En ellos, el personaje del delincuente se presenta desde una perspectiva memorialista, como en “Conejo”, de Katherine Castrillo, en el cual se reedita la conocida historia de “Juanito Alimaña”, esta vez en Petare. “Por una cabeza”, de Carlos Ávila, el encuentro con este personaje es indirecto, asociado al hecho de ser encarcelado, pero el evento extraordinario que sirve de marco termina acaparando la mayor atención.

La ciudad tiene una presencia lateral, ya decía, pero no deja de ser una presencia determinante. En “Invisible”, de Vanessa Chapman, el personaje principal escapa de la ciudad, irónicamente dentro de su apartamento con un whisky, y en “Las rayas”, de Rodrigo Blanco Calderón, la cocaína y las referencias literarias nos sumergen



en un mundo delirante, en el cual Caracas va llevando al personaje por caminos inciertos. En ambos cuentos se trata de casos en los que hay necesidad de una huida, no de la misma naturaleza, claro, pero sí con signos similares de agobio y exceso. La ciudad, no hace falta decirlo, estresa, acorrjala, porque su dinámica no da respiro para vivir plenamente, sino que restringe a los horarios y las urgencias de la supervivencia. Pero, en lugar de plantearlo de esta manera, como el resultado de la gran mole aplastando a los personajes, estos cuentos se orientan hacia una experiencia íntima, en la cual los móviles son de carácter privado.

Por otro lado, el recurso de las relaciones amorosas, del devaneo —también centrado en la anécdota—, explora las potencialidades del humor en la mejor de sus facetas: el incómodo dilema de lo que se quiere y se tiene, de ser uno mismo y lo que se espera de uno. Problemas del ser, ya sea urbano o no. Curiosamente, los dos cuentos que tratan este tema: “La mujer que no había leído a Dostoievski” y “Chicas malas”, pertenecen a Roberto Echeto y Fedosy Santaella, respectivamente, ambos referencias permanentes en las antologías y estudios críticos de la literatura del siglo XXI. Esto es evidencia, sin duda, de la trascendencia de la obra de estos autores.

En “¡Edwind pato!”, de José Alejandro Moreno, el conflicto es la identidad. Un chico que descubre en un baño de su liceo la revelación de su homosexualidad. Es sintomático que al final él sea el propio perpetrador de esa delación, a través de un desdoblamiento etílico, como si en el fondo, él fuera parte de la sociedad que lo señala. Y es también curioso que este cuento se enmarque en la ciudad, que uno supondría más abierta y tolerante en este sentido. Pero, no. La urbe caótica y violenta no da tregua a sus habitantes.

Por último, tres cuentos de corte inusual. “Curandero”, de Germán Ramírez, es sobre la presencia del elemento santero en la ciudad. Se trata de una anécdota en la que el escepticismo gravita

sobre la aceptación del hecho sobrenatural. “Por esos caminos de la muerte”, de José Javier Sánchez, la superstición parece ser el remanente de esa hojarasca que llegó a la ciudad desde el interior, habitada por las presencias fantasmáticas de la provincia. Instalada en la urbe no pierde su profunda creencia en la tradición rural. Y, finalmente, “Yendo”, de María Alejandra Rojas, en el cual una anciana de ochenta y cuatro años queda embarazada y entabla una pugna de odio y autodestrucción con el feto. No sería descabellado afirmar que de todos los cuentos comentados aquí, es este el que parece revestir un carácter más metafórico, por lo extravagante. Una metáfora, quizás, acerca de que la descendencia de la presbicia está condenada a morir incluso antes de nacer.

## **Conclusiones**

Para finalizar se pueden establecer algunos aspectos generales que se desprenden de estas obras, como por ejemplo el de que la división editorial de los autores supone la diferencia entre visiones más dramáticas o más íntimas, en cuanto a la relación con la ciudad, dependiendo de la posición desde la que se escribe. Por un lado, la presencia de la violencia y la soledad, como característica de una generación que ha perdido su espacio en la urbe que creyó suya durante tanto tiempo; y por el otro, una familiaridad con lo urbano que permite exploraciones menos apremiantes y sí identitarias con el entorno, capitalino en el caso particular que se ha tratado aquí.

Asimismo, es válido concluir que algunos autores superan ese maniqueísmo, produciendo una obra que está más allá de los posicionamientos ideológicos discursivos, y con ello, dan paso a la certeza de que hay una generación de escritores que empieza a consolidarse como el baluarte del cuento nacional apenas en los quince años cortos que van de siglo XXI.

*Caracas, 2015*

## REFERENCIAS

Guerra, Rubí (2007). *21 del XXI*. Caracas: Ediciones B.

El perro y la Rana (2011). Catálogo de publicaciones. Disponible en: <http://www.elperroylarana.gob.ve/catalogo.html> [Consultado 25-06-2015]

Karl Kohut (comp.) (2004). *Literatura venezolana hoy. Historia nacional y presente urbano*. Madrid: Universidad Católica de Eichstätt.

López Ortega, Antonio (2006). *Las voces secretas*. Caracas: Alfaguara.

Parada, Juan Manuel y Dannybal Reyes (2009). *Antología sin fin*. Barquisimeto: Escuela Literaria del Sur.

Sandoval, Carlos (2012). *De qué va el cuento*. Caracas: Alfaguara.